

APUNTES DE NUESTRO CASTUO HABLAR

En los pueblos donde ejercí mi profesión, tanto en las feraces Tierras de Barros como en el frondoso encinar del occidente provincial, tuve la curiosidad de recoger de viva voz giros y modismos de originalidad asombrosa, palabras llenas de galanura y donaire, que se hablan desde los lejanos días de Nebrija hasta los que estamos viviendo; herencia entrañable de tantas generaciones que, como perlas de oro, debieran guardarse en arquetas de sabela. Un mundo de delicias inéditas, prodigiosamente auténticas.

Palabras que viajan sin salvocundocto "legal y autorizado", que no se han presentado a juicio ni han gozado del aplauso oficial de las deliberaciones de la Academia, que viven ahí, con sinfonía rica y caudalosa sancionada por el uso de la calle. No están, pues, prohibidas ni rechazadas gozando de un limbo inocente. Ya sabemos que la función oficial no es de cierto registro a ultranza de todos los vocablos en circulación; pero deja los que el pueblo crea, fragantes y garbosos, dispuestos a que buenos escritores los empleen, los cojan de la mano y arriben entonces a las playas del diccionario, les sirvan de padrinos y los lleven al buen puerto de la Academia.

La palabra es un hecho y mal puede desdeñarse. Los buenos autores vierten en su vocabulario los tesoros de su lengua vernácula, incorporando el léxico diario, lleno de ternura y belleza, al torrente circulatorio oficial al cual la docta Casa no pone se-

máforos, sino tiene la manga ancha para aquellas palabras con patente de uso y necesidad. Horacio, en su "Epístola ad Pisonem" enseña: "Será lícito usar, escribir y pronunciar palabras que llevan impreso el sello del uso corriente, porque el buen uso, el uso fundado en la razón, es el árbitro, el juez, la norma del lenguaje."

En la zona rural —libre de la Babilonia de los neologismos— es a veces donde mejor se habla el idioma y toma sonoridad y tonalidad distinta. La palabra se ha definido como la cáscara de la avellana, parte interna de las ideologías, prolongación del verbo interno. Es la fotografía de la idea y, por lo tanto, el espejo de un alma regional. Unamuno dijo que era la "sangre" del espíritu, y Julián Marías, ha escrito: "El mundo humano es un mundo lingüístico."

El ilustre limeño Ricardo Palma, escribiendo a lo criollo, muy castizo, mezcló arcaísmos que hizo populares. Estamos asistiendo a la agonía de nuestras castúas palabras. Y para que no caigan en el abismo del olvido, deberíamos confeccionar el Diccionario de Extremeñismos, que sería un libro útil, culto, popular, para entender una de las partes más interesantes de España por el carácter de las tierras y su historia. Existe un vocabulario navarro de José María Irubarren, no vasco, no. En muchas ocasiones la repetición de vocablos en voz de batología, es exactitud y claridad. Tenemos leído en Cervantes que remudar palabras es limpieza.. ¿No son graciosas y bellas las palabras "alballá", rocío de la mañana o alba, "amontarse"? (de irse al monte), que significa hacer "novillos", no ir a la escuela; y "bocaná", indiscreción o simpleza con fieles raíces castellanas? Su calidad y virtud expresiva las hace correctas. Sin embargo, hay otras que se aprenden por haberlas leído en un periódico u oído en la televisión, como "spray" pulverizador. El léxico propio se somete a cuarentena y los aires de un extranjerismo desbordado, por magia de unos pocos, penetran en el diccionario.

A veces nos topamos con palabras de su virginidad pristina "mesmo" en habla de viejos y labriegos, que la hemos leído en Quevedo. La "i", consonante en "meyodía". En Barrancos, pue-

blecito fronterizo que pasó al reino portugués hace más de siglo y medio, hemos oído entre la gente culta “yo vide”, propio de un castellano antiguo que no ha sufrido el pulimento de la erosión histórica. Algunos se ruborizan al pronunciarlas cuando no son ninguna deshonra, sino reminiscencia, herencia de siglos, que nuestros clásicos emplearon. “Rede” y “sede” las coloca Teresa de Jesús en sus elevadas obras. “Dexaminar” por examinar la hemos visto en Rinconete y Cortadillo, usada nada menos que por el Príncipe de los Ingenios.

En el libro abierto de la toponimia, leemos nombres de noble ascendencia latina: “angarilla” (minas romanas); la calzada, Ardila, moriscote (cota de la muerte) y otras de ilustre prosapia mozárabe; mogea, alcicería, Geraldo, monturque, magea, castillo, Cid, zaos, durano, zumacal, etc. Se ven los matices de las mezclas raciales, cuyos sedimentos señalan subtracto romano-mozárabe al que se sobreponen las capas de invasión ya del sur africano, ya del norte conquistador. Según Caba, el diminutivo extremeño —ino, ito— es una expresiva supervivencia sur africano, ya del norte conquistador. Según Caba, el diminución del tamaño “cortijito”, “jaquita”, sino aumento intensivo de la efectividad o ternura. Fonéticamente se caracteriza Oliva, como toda Extremadura, en la casi supresión de la “j” y de la “s” final, los diminutivos antes citados, el cambio de la “ll” en “ye” para darles a las palabras más sonoridad. Cuando la “r” del verbo va al final, se convierte en “i”; barajarlo, “barajaillo”; quitarle, “quitailo”. A los pronombres posesivos le procede un artículo “la” mi hija, “el” mi caballo, “les” tus niños.

Para darle más fuerza hiperbólica, mayor energía y vigor a las ideas y afectos, se alargan las palabras puramente castellanas “arrempujar”, por empujar; “enfrontilar”, por enfrenar; “entrencajar”, por encajar, o se sustituyen por otras más restallantes: “ardiloso”, por vivo. Al lado de estas detonaciones verbales, propias de la vida de relación, emplea el extremeño en la intimidad y amistad decires, melífluos y delicados.

Es bien conocida la tendencia del español de intercalar expresiones de cariño al saludar entre personas que bien se quie-

ren. Así, en Aragón, "maño"; en León "bobín"; en Fuente del Maestre, "ino"; "querido", en Valencia del Mombuey; "pariente o amante", en Villanueva del Fresno; "jiu", "jeu" y "jito", en Oliva. En las dos primeras, llega casi a desaparecer la "j", sólo se insinúa y casi suena el diptongo. "Jito" es aféresis de hijito. "Jiu" y "jeu", son expresiones muy oliveras. En grandes aglomeraciones de capitales, al llamarse por su nombre y no contestar, se ha recurrido a estas exclamaciones típicas y rápida e instantáneamente ha vuelto la cabeza el aludido. Pero la expresión más corriente es "jito", que sirve para declarar cualquier estado de ánimo, sorpresa, pesar o gozo: "¡Jito!", ¿cuándo has venido?", "¡jito!", me han dicho que vas a la "mili".

Tenemos recogidos cerca de un millar de vocablos en vigor que no podemos intercalar en honor a la brevedad, tal vez faltos de corrección literaria, pero de innegable representación colorista. "Archiperros" (Oliva y Guareña), bártulos de labranza; "acormaja" (Arroyo de la Luz); "acormao" (Oliva), llano que excede de la medida; "tomar a tranquiyo" (Oliva y Arroyo); "arcio", habilidad o arte; "arrocinar", engordar como un rocín; "apopar", amimar; "alejines", cosa baladí e intrascendente; "ausmarse", presentir una cosa; "bacalano", hablador; "brocho", lleno hasta rebozar; "cerendengue", miedo; "canguero", persona de la clase media, ni es jornalero ni acomodado propietario; "cinga", que no es campesino, de la ciudad, artesano; "camaíta", adulón, falso; "debrochicar", vomitar, deshogar, revelar secretos; encebicarse", enviciarse; "escambrizo", esquivo, salvaje, huidizo; "escruca", escudriñar; "fastio", anorexia; "faroto", delgado, caquético; "faltucón", insultón; "granillar", buscarse la vida; "indilgo", ocupación u oficio; "jachear", murmurar; "jocicuo", ridículo; "lambicar", arrebañar; "magua", sospecha, corazonada; mantela", holgazán, perezoso; "manina", inútil; "mencalá", pequeñez; "pular", progresar; "pirlarse", desvivirse, enamorarse de una persona o cosa; "puelme", pasto; "escuso", paraje fragoso y deshabitado; "rescocio", rencoroso, resentido; "rañico", roñoso, miserable; "repiar", danzar, girar sobre sí; "rácano", reservado, taimado; "secana", pedigüño; "téntigo", pertinaz, constante;

“usio”, al acecho; “zaleo”, fama o prestigio; “zorondona, dícese del estado intermedio entre tenso y flojo, verde y maduro, crudo y cocido.

Cabría incluir más vocablos de esta región, pero alargáramos el trabajo y el espacio avaro se nos ha echado encima.

EMILIO DIAZ DIAZ

MISCELÁNEA